

Estás Invitado

A Cenar

22 de marzo de 2026

Dave Faust

Semana 2

Lucas 7:36-50; 19:1-10

1. ¿Cuándo fue la última vez que te invitaron a cenar? ¿Quién te invitó? ¿Por qué te invitaron?

En los Evangelios, Jesús a menudo hablaba con las personas alrededor de una mesa. El libro de Apocalipsis presenta el cielo como una gran recepción de bodas. Dice: “Bienaventurados los que son invitados a la cena de las bodas del Cordero” (Apocalipsis 19:9).

Jesús dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” ¿Por qué el Señor te invitaría a cenar? ¿Qué tipo de relación quiere tener contigo?

- Cenar con Jesús es...
- Agradable... El Señor quiere pasar tiempo contigo.
- Sin prisa... La cena con Jesús no es comida rápida. Él quiere que bajemos el ritmo y compartamos nuestro corazón con Él.
- Educativa... Si pasas tiempo con Jesús, aprendes cosas. Jesús contó historias y parábolas durante las comidas. El Evangelio de Juan dedica varios capítulos a lo que Él dijo en la Última Cena. Jesús comió con sus discípulos después de la resurrección. Esto demostró que su cuerpo resucitado era real, y “les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras” mientras partían el pan juntos.
- Desafiante... Si compartes una comida con Jesús, te irás diferente.

Estamos en una serie de mensajes llamada “Estás Invitado.” Hoy veremos dos historias que solo se encuentran en el Evangelio de Lucas. En ambas historias hubo una invitación: una invitación a cenar.

“Uno de los fariseos invitó a Jesús a comer con él; así que fue a la casa del fariseo y se recostó a la mesa.” (Lucas 7:36, NVI)

Más adelante aprendemos que el anfitrión se llamaba Simón. La mayoría de las veces, los fariseos no eran amigables con Jesús. Entonces, ¿por qué Simón el fariseo invitó a Jesús a cenar? ¿Estaba tratando de atrapar a Jesús en sus palabras? ¿O

realmente tenía curiosidad acerca de Él? Cualesquiera que hayan sido sus motivos, Simón preparó comida e invitó a Jesús a su casa. Pero apareció una invitada no invitada.

“Cuando una mujer que había llevado una vida pecaminosa en aquella ciudad supo que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro con perfume, y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar sus pies con lágrimas. Luego los secaba con sus cabellos, los besaba y derramaba sobre ellos el perfume.” (Lucas 7:37–38)

En aquellos días, la casa de una persona rica era un centro social. Cuando llegaban invitados importantes, la gente del pueblo quería ver lo que estaba pasando. No se les permitía comer la comida, pero podían escuchar la conversación. Lucas dice que la mujer “había llevado una vida pecaminosa en aquella ciudad.” No sabemos exactamente lo que había hecho. Puede que haya sido una prostituta.

2. ¿Quién has sido tú en esta historia? ¿El anfitrión cuya cena acaba de ser interrumpida por alguien conocido por su vida pecaminosa? ¿O la persona que entra en la habitación cargando el peso de su pasado, esperando que Jesús la reciba?

La mujer estaba detrás de Jesús, y estaba llorando. Lucas literalmente dice que sus lágrimas “llovían” sobre los pies de Jesús. Estaba sollozando. Sus lágrimas caían como lluvia.

- ¿Lloraba por todas las cosas difíciles que estaba atravesando?
- ¿Eran lágrimas de arrepentimiento?
- ¿Eran lágrimas de gozo?

Cuando estás en la presencia de Jesús, las lágrimas están bien. Pero la situación se estaba volviendo incómoda. La mujer llegó sin invitación, y ahora los pies de Jesús se estaban mojando con sus lágrimas, así que tomó la única “toalla” disponible: su propio cabello largo. Ella besó los pies de Jesús y derramó perfume sobre ellos.

Simón el fariseo está irritado. Él había planeado una buena comida, y ahora esta mujer está arruinando todo con su llanto, sus lágrimas y su alboroto. Los fariseos creían que el simple contacto con una persona inmoral te hacía impuro. En la calle, evitaban incluso chocar con personas como ella. Y consideraban vergonzoso que una mujer soltara su cabello en público. Simón estaba disgustado con ella. Y también estaba dudando de Jesús. *“Cuando el fariseo que lo había invitado vio esto, dijo para sí: ‘Si este hombre fuera profeta, sabría quién lo está tocando y qué clase de mujer es: una pecadora.’” (Lucas 7:39, NVI)*

Jesús sabía qué clase de mujer era ella. ¡El problema era que el fariseo no entendía qué clase de Salvador es Jesús! “Jesús le respondió: ‘Simón, tengo algo que decirte’” (Lucas 7:40, NVI). Jesús respondió a Simón aunque él no había dicho nada en voz alta. Jesús respondió a sus pensamientos no expresados. El Señor sabía lo que Simón estaba pensando.

3. ¿Cómo cambia la manera en que piensas acerca de Jesús saber que Él no solo escucha tus palabras, sino también los pensamientos y las actitudes de tu corazón?

Jesús continúa contándole una historia a Simón: **Lee Lucas 7:41–44.**

Simón realmente no vio a la mujer, pero Jesús sí la vio

- Simón vio un problema... Jesús vio una persona.
- Simón vio una molestia... Jesús vio una necesidad
- Simón vio una situación que debía evitar... Jesús vio una oportunidad para ayudar.
- Simón vio su debilidad... Jesús vio su fe.

La pregunta que Jesús le hace a Simón nos lleva a preguntarnos: ¿Vemos a los demás como Jesús los ve? El fariseo miró a la mujer con un espíritu crítico. ¡Incluso fue crítico con Jesús!

4. ¿Alguna vez eres así? ¿A quién has mirado con desprecio o con una actitud de autosuficiencia religiosa? ¿Un vecino? ¿Un compañero de escuela? ¿Alguien con quien interactúas en el trabajo? Tal vez creen en el Señor, tal vez no. Pero ¿los ves de la manera en que el Señor los ve? ¿Estás dispuesto a invitarlos a cenar?

Es bueno invitar a las personas a la iglesia. Pero ¿por qué no empezar invitándolos a cenar?

Desafío: En algún momento durante los próximos 30 días, invita a alguien a compartir una comida contigo que no asista a la iglesia. Prepara una comida sencilla e invítalo a tu casa. O reúnanse en un restaurante o en una cafetería, y tú pagas.

Jesús le dijo al fariseo: *“No me diste agua para los pies, pero ella los ha regado con sus lágrimas y los ha secado con su cabello. No me diste un beso, pero esta mujer... desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No pusiste aceite sobre mi cabeza, pero ella ha derramado perfume sobre mis pies.”* (Lucas 7:44–46, NVI)

En aquellos días era una cortesía común asegurarse de que los pies de los invitados fueran lavados. Era como hoy ofrecerle a alguien tomar su abrigo cuando entra a tu casa. Y cuando alguien llegaba a cenar, se le daba un beso en la mejilla, como

hoy podríamos dar un apretón de manos como saludo. También se ofrecían unas gotas de aceite para refrescar el rostro. Pero Simón el fariseo no le ofreció a Jesús ninguna de estas cortesías básicas.

Sin embargo, la mujer lavó sus pies con lágrimas y los ungió con perfume. Su vida estaba desordenada y sus acciones eran incómodas, pero Jesús vio más amor en esta mujer marcada por la vida de la calle que en el fariseo de corazón duro. Cuanto más reconoces tu propia quebrantadura, más aprecias la misericordia de Dios. El fariseo no pensaba que necesitaba mucho perdón, por eso no amaba mucho a Jesús.

“Por eso te digo que sus muchos pecados le han sido perdonados, porque amó mucho. Pero aquel a quien poco se le perdona, poco ama... Entonces Jesús le dijo a ella: ‘Tus pecados quedan perdonados.’” (Lucas 7:47-48, NVI)

Es algo precioso cuando Jesús te mira y te dice: “Tus pecados son perdonados.” Eso es lo que sucede cuando te conviertes en cristiano. Su gracia te salva cuando pones tu fe en Él, te arrepientes de tu pecado, y confirmas tu compromiso rindiéndote a Él en el bautismo.

“Los otros invitados comenzaron a decir entre sí: ‘¿Quién es este que hasta perdona pecados?’ Jesús le dijo a la mujer: ‘Tu fe te ha salvado; vete en paz.’” (Lucas 7:49-50, NVI)

Literalmente, Jesús dijo: “Ve HACIA la paz.” Esto no era simplemente una despedida amable. Jesús estaba abriendo la puerta a una nueva vida. Cenar con Jesús cambió su vida para siempre.

5. ¿Cómo ha cambiado tu vida Jesús? ¿Sigues viviendo como si tus pecados no hubieran sido perdonados, o estás caminando en la paz que Jesús ofrece por medio del arrepentimiento y la fe?

Esto nos lleva a otra historia que encontramos en Lucas capítulo 19, acerca de un hombre que hizo algo incómodo y terminó cenando con Jesús. *“Jesús entró en Jericó y estaba pasando por la ciudad. Había allí un hombre llamado Zaqueo; era jefe de los recaudadores de impuestos y era rico.” (Lucas 19:1-2, NVI)*

Zaqueo era el jefe—un “principal” recaudador de impuestos.

La mayoría de los recaudadores de impuestos eran deshonestos. Recaudaban los impuestos que Roma exigía, pero engañaban a la gente cobrando dinero extra para quedarse con él.

Zaqueo era materialmente rico, pero espiritualmente estaba perdido. Pero él sabía que algo faltaba en su vida. Era un buscador espiritual, y su curiosidad lo llevó hacia el Señor. *“Quería ver quién era Jesús, pero como era de baja estatura no podía ver por encima de la multitud. Así que corrió adelante y se subió a una higuera sicómoro para verlo, porque Jesús iba a pasar por allí.”* (Lucas 19:3–4, NVI)

Esto era algo incómodo para que lo hiciera un hombre adulto. ¿Cuándo fue la última vez que te subiste a un árbol? ¿Han pasado bastantes años para mí! ¡Zaqueo literalmente se arriesgó para ver a Jesús! *“Cuando Jesús llegó a ese lugar, miró hacia arriba y le dijo: ‘Zaqueo, baja en seguida. Tengo que hospedarme hoy en tu casa.’ Así que bajó inmediatamente y lo recibió con alegría.”* (Lucas 19:5–6, NVI)

Ellos nunca se habían conocido antes. Pero Jesús lo llamó por su nombre y prácticamente se invitó a sí mismo a cenar. ¿Te imaginas lo que sería si un visitante famoso llegara a tu casa a cenar inesperadamente? Y *“al ver esto, todos comenzaron a murmurar: ‘Ha ido a hospedarse con un pecador.’”* (Lucas 19:7, NVI)

“Pero Zaqueo se puso en pie y le dijo al Señor: ‘Mira, Señor. Ahora mismo voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes, y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces más.’” (Lucas 19:8, NVI) Jesús lo cambió de alguien que tomaba, a alguien que daba. De perdido a encontrado. ¡Cuando Jesús te salva, también te transforma!

En el entrenamiento DiscipleSHIFT de E91, aprendemos a ver a las personas como buscadores, nuevos creyentes y seguidores en crecimiento. Pero también hay una categoría en la que no queremos caer, la que podríamos llamar “creyentes estancados” o “cristianos que no han crecido.” Eres un creyente estancado si no estás dispuesto a cambiar ni a crecer. Un cristiano estancado nunca se subiría a un árbol, nunca lloraría lágrimas de arrepentimiento y derramaría perfume a los pies de Jesús, nunca tomaría un riesgo, nunca se pondría en una situación donde tenga que ejercer fe, o donde alguien pudiera criticarlo por ser creyente.

6. ¿Qué es lo que el Señor quiere cambiar en tu vida?

“Jesús le dijo: ‘Hoy ha llegado la salvación a esta casa, ya que este también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.’” (Lucas 19:9–10, NVI)

La salvación también puede llegar a tu casa. El Señor te está buscando. ¡Él te está invitando a cenar! Quiere darte esperanza y paz, ahora y por toda la eternidad.

Próximos Pasos:

Vemos en ambas historias a personas haciendo algo incómodo. En una cena, hubo una invitada no invitada que quería ver a Jesús. En la otra ocasión, Jesús mismo se invitó a cenar. A veces no sabemos exactamente lo que estamos haciendo, ¡pero Dios sí sabe lo que está haciendo!

¿Estás listo para dar un paso y entrar en lo que Dios está haciendo, aunque se sienta incómodo? Si deseas crecer junto a otros seguidores de Jesús de una manera que te capacite para hacer discípulos por medio de la invitación, ¡ven a DiscipleSHIFT!

Para aprender más sobre nuestro entrenamiento DiscipleSHIFT y registrarte, visita: <https://e91church.com/events/discipleshift/>